



LAS EXPEDICIONES CARLISTAS EN UN INÉDITO DEL GENERAL ZARATIEGUI

por ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA

Universidad San Pablo-CEU

1. LAS EXPEDICIONES CARLISTAS.

Lo más característico del período de la Primera Guerra Carlista comprendido entre la muerte de Zumalacárregui (junio de 1835) y el desplazamiento hacia Levante del centro de gravedad del conflicto (agosto de 1838), es el denominado sistema de expediciones. Desde el punto de vista teórico, enviar tropas al interior de la Península, dominado por los liberales, no era un plan en absoluto descabellado, pues como afirmaba Jomini «en igualdad de fuerzas y en presencia de un enemigo inteligente, es en general la diversión una falta peligrosa. Hay un solo caso en que pueda ser buena, y es cuando se pueda tener esperanza en un poderoso punto de apoyo dentro del país, y en el que con un cuerpo de quince a veinte mil hombres, se logre obligar al enemigo a que forme un ejército de cuarenta a cincuenta mil combatientes, para resguardar y defender su punto vulnerable; pero en tal caso depende esta diversión de las combinaciones políticas primero que de las militares». Al hacer esta afirmación, Jomini pensaba en lo que hubiera podido significar un desembarco aliado en La Vendée durante las guerras de la revolución, pero la similitud con lo intentado en repetidas ocasiones por los carlistas es indudable.¹

Dentro del campo de don Carlos, la opinión se encontraba muy dividida entre los militares, que eran partidarios de tratar de extender la guerra a otros puntos de la Península mediante el envío de tropas que pudieran alentar la sublevación y posterior consolidación de los carlistas locales, y los que consideraban mejor irse extendiendo en forma de mancha de aceite a partir de las bases que se ocupaban en el Norte. No se trata ésta de una división entre generales pertenecientes a las diversas tendencias del carlismo, sino de posturas particulares, pues entre los jefes expedicionarios encontramos tanto a miembros del sector moderado del realismo (Gómez, Zaratiegui, Negri), como a algunos de los generales fusilados en Estella (Sanz y Guergué). Tal vez la oposición más frontal a las expediciones, hasta el punto que es muy probable fuera la auténtica causa de su dimisión, fue la del general Eguía, que terminaba con un alegato en contra de las mismas la *Memoria* que de su mando elevó a don Carlos. En su opinión, las tropas del Pretendiente eran apenas suficientes para conseguir llenar sus objetivos en las provincias, pues Guipúzcoa requería un ejército para apoderarse de San Sebastián, Vizcaya otro para Bilbao, Álava uno para Vitoria, y Navarra las fuerzas necesarias para controlar La Ribera y

¹ Barón de JOMINI: *Descripción de las combinaciones más importantes de la guerra, y de su relación con la polí-*

tica de sus Estados, para que sirva de introducción al tratado de las grandes operaciones militares. Puesta libremente en castellano por el brigadier de caballería Francisco Ramonet, Madrid, Imprenta Real, 1833, p. 68.

los valles fronterizos. Además, las tropas enviadas fuera del territorio controlado por los legitimistas, «aisladas, sin puntos de apoyo, que se ligan con seguras comunicaciones, y sin los establecimientos necesarios al ejército, por sí mismas se destruyen... Podré equivocarme, Señor: otras expediciones sembrarán la guerra, la harán interminable si se quiere; pero el finalizarla está reservado al ejército del inmediato mando de V.M. regularizándole progresivamente».²

Ésta era también la postura del auditor Arizaga, para el que los batallones consumidos en estas empresas podían haberse utilizado para dominar toda la Navarra, «las merindades de Castilla, y a poco esfuerzo la misma provincia de Santander, granero del Norte de España, y que era la primera conquista y adquisición a que debieron aplicarse los generales y el gobierno de D. Carlos».³

Otro marotista, como Lassala, cree sin embargo que las líneas de Córdoba obligaron en buena medida a seguir esta práctica para tratar de extender la guerra, aunque opina que los carlistas cometieron el error «de no dedicar siempre sus esfuerzos a aumentar sus tropas en Aragón, punto central y estratégico para ellos, a fin de que desde el Maestrazgo hubiesen salido líneas que sucesivamente hubieran asegurado grandes zonas, aprovechando las cordilleras que de toda España sobre el Aragón se reúnen, y en las que apoyados hubieran extendido sus operaciones».⁴ En última instancia, era el convencimiento del apoyo con que podía contar la causa de don Carlos en prácticamente todas las provincias de España, lo que inspiraba una política que puso en graves cuidados a las autoridades liberales, pues como señalaba el traductor español

² *Resumen histórico de la campaña sostenida en el territorio vasco-navarro a nombre de D. Carlos María Isidro de Borbón de 1833 a 1839, e impugnación del libro que sale a luz con el título de Vindicación del General Maroto*, Madrid, Imprenta de D. José C. de la Peña, 1846, tomo I, pp. 569-571.

³ ARIZAGA: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*, Madrid, imprenta de D. Vicente de Lallama, 1840, pp. 120-121. En el mismo sentido expresa su opinión personal el autor del *Resumen histórico*, tomo II, p. 120 y ss.

⁴ LASSALA: «Observaciones sobre la guerra civil», en *Revista Militar*, 1850, tomo VI, p. 133.

de Jomini, «las tropas de la Reina no sólo debían destruir los focos enemigos, «sino también impedir las operaciones carlistas dirigidas al interior del reino y de graves consecuencias, aún más en el orden político que en el militar»».⁵ El general Evaristo San Miguel, que a su condición de militar unió siempre una marcada preocupación por los temas históricos y políticos, afirmaba en una obra escrita durante la guerra:

«Los enemigos de Isabel II encontrarán siempre simpatías que favorezcan sus operaciones, que ofrezcan sigilo a sus frecuentes movimientos, e inutilicen las pesquisas de sus enemigos. Las columnas de persecución no purgarán el país de aquesta plaga. Por muchos encuentros favorables que tengan con los enemigos, por mucho que los destruyan y dispersen, por mucho que tengan que celebrar la bizarría y ardimiento de los que militan a sus órdenes, quedará en pie la cuestión por largo tiempo. La facción vencida hoy en este punto aparecerá mañana en otro más distante; la persecución tomará otro rumbo, mas quedará siempre en permanencia. Donde no exista realmente una facción armada, habría siempre elementos de formarla en breve; y por muy pacífico que se presente el semblante del país, ningún alto funcionario puede estar seguro de que no estalle una sublevación donde y cuando menos lo imagine».⁶

Y si ésta era la opinión de los generales de la Reina, fácil es comprender la postura de quienes, como Villarreal, alentaron durante su mando la salida de columnas expedicionarias, que aparte de otras posibles ventajas suponían de inmediato la disminución del peso al que se hallaba sometido el país, y la desaparición de la zona de la parte del ejército liberal de operaciones que fuera destacada en su persecución.

⁵ JOMINI: *Compendio del arte de la guerra, o cuadro analítico de las principales combinaciones de la estrategia, de la táctica sublime, y de la política militar*, Madrid, Imp. de D. M. de Burgos, 1840, tomo I, p. 254.

⁶ Evaristo SAN MIGUEL: *De la guerra civil de España*, Madrid, en la Imprenta de Miguel de Burgos, 1836, p. 85.

Un factor muy importante, que sin duda debe tenerse en cuenta a la hora de tratar de explicar el continuo insistir de los carlistas en estas arriesgadas correrías militares, fue el precedente exitoso de la guerra civil portuguesa. En julio de 1832, las tropas de don Pedro tomaron Oporto, e incapaces de avanzar hacia el interior del reino, sostuvieron de nodadamente un sitio que se prolongó durante más de un año. No obstante, en junio de 1833 la situación distaba mucho de ser halagüeña, motivo por el que se decidió embarcar hacia el sur de Portugal una fuerza de 2.500 hombres al mando del duque de Terceira. Contra todo pronóstico, los expedicionarios no sólo tuvieron éxito en sus primeras operaciones, sino que a pesar de encontrarse perseguidos por tropas miguelistas muy superiores en número, y a avanzar a través de un territorio cuyos habitantes les eran abiertamente hostiles, comparecieron ante las puertas de Lisboa, en cuyas cercanías derrotaron a la columna de Telles Jordao. La guarnición de la capital, que les duplicaba en efectivos, se retiró sin combatir, y la guerra empezó a cambiar su curso. Aun así, la contienda parecía estar en tablas cuando el almirante Napier, desobedeciendo las órdenes de don Pedro, desembarcó con sus hombres en el Norte de Portugal. En una fulgurante campaña las provincias más ricas del país cayeron en su poder sin apenas ofrecer resistencia.⁷ Con tales precedentes no debe extrañarnos que en el bando carlista hubiera decididos partidarios del sistema expedicionario.

Aunque 150 años después de la expedición Real resulta evidente que las expediciones no consiguieron sus objetivos, no está tan claro cuáles son las conclusiones que pueden sacarse de su desarrollo. Así, uno de los compañeros de Stendhal durante su viaje a España, le manifestó que:

⁷ Para una primera aproximación al desarrollo de la guerra civil portuguesa puede verse Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: «Aspectos militares de la Guerra Civil Portuguesa», en *Estados e Sociedades Ibéricas -Realizações e Conflitos (Sécs. XVIII-XX)*, Câmara Municipal de Cascais, 1997. Un texto más accesible en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: «El legitimismo europeo 1688-1876», en Stanley G. PAYNE: *Identidad y nacionalismo en la España contemporánea: El Carlismo 1833-1975*, Madrid, Ed. Actas, 1996, pp. 195-253.

«El pueblo español, en el fondo, no es entusiasta ni del gobierno de las dos cámaras ni de don Carlos; no necesito más prueba que la proeza de Gómez, que con sólo cuatro mil hombres ha atravesado toda España, de Cádiz a Vitoria. Si España hubiera sido liberal, Gómez hubiera sido aplastado. Si España hubiera amado a don Carlos, Gómez habría reunido cien mil hombres».⁸

Por el contrario, el general Gómez se expresaba así en una carta fechada en Guernica el 30 de enero de 1837:

«Para todos aquellos que han seguido atentamente la marcha de mi expedición, debe estar claro que la guerra en España es la guerra de una nación contra un ejército. Si en tal caso la nación puede sucumbir, no se debe decir que “un pueblo determinado a ser libre es libre”, sino “no hay un tirano, ni el más odioso, que una vez en posesión del poder, no se pueda mantener en él contra todos los esfuerzos del pueblo”».⁹

No es nuestro propósito entrar ahora en este debate [el del apoyo social del carlismo], que sin duda es el más importante de cuantos en estos momentos se plantean sobre la guerra de los siete años, sino tan sólo dejar constancia de su existencia. Y a este respecto no estará de más recordar que los estudios que hasta la fecha han aparecido sobre diversas expediciones carlistas apenas han abordado la cuestión, centrándose en los aspectos puramente militares.¹⁰

⁸ STENDHAL: *Obras completas. Recopilación, traducción, ensayo biográfico y prólogos de Consuelo Berges*, Madrid, Aguilar, 1988, 3.ª, tomo IV, pp. 744-745. A decir verdad esta referencia a Stendhal entraña una cierta broma, pues como es bien sabido su viaje a Cataluña no es más que una invención.

⁹ Cit. por Edward BELL STEPHENS: *The Basque Provinces: their political state, scenery, and inhabitants, with adventures amongst the carlist and christinos*, Londres, Whittaker & Co, 1837, tomo II, p. 147.

¹⁰ Vid. Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA: *La expedición del General Gómez*, Madrid, Editora Nacional, 1984; *Auge y Ocaso de Don Carlos: la expedición Real*, Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1987; *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Ed. Actas, 1992, pp. 288-

De todas las expediciones, la que podemos considerar más afortunada es la del general Zaratiegui, que el 18 de julio de 1837 salía de Zúñiga con la misión de atraer sobre sí al mayor número de tropas liberales posible, a fin de aliviar la implacable persecución a que se veía sometida la expedición Real. Dicha fuerza, que al abandonar las Provincias contaba con 4.500 infantes y 250 caballos, aumentó sus efectivos hasta 12.839 de los primeros y 752 de los segundos durante su estancia en Castilla.¹¹ Su unión con don Carlos en Aranda de Duero, aunque salvó a la expedición Real de una casi segura destrucción al evitar que fuera copada por las tropas cristinas, supuso el principio de las desdichas para una columna que hasta entonces había desarrollado una brillante campaña. Zaratiegui no tardó en verse envuelto en las disensiones que habían estallado entre los generales carlistas tras la retirada de Madrid y, muy señaladamente, entre González Moreno y el infante don Sebastián Gabriel. Finalmente, el Pretendiente se vio obligado a dividir sus fuerzas en dos cuerpos, uno a las órdenes del Infante y Zaratiegui, y otro conducido personalmente por él y por Moreno, tratando así de evitar las crecientes rivalidades. Mas pronto las fuerzas de Espartero se interpusieron entre las dos columnas, obligando a la de don Sebastián a refugiarse en Navarra. Don Carlos, al frente de poco más de 5.000 hombres, lograba a duras penas penetrar en el territorio controlado por sus armas en la mañana del 26 de octubre de 1837.¹²

316. Ciertamente es que en estos trabajos llamamos la atención sobre la necesidad de investigar el alzamiento carlista de la provincia de Córdoba durante la estancia de Gómez en Andalucía, o el de la Ribera del Duero cuando la ocupación de Valladolid por Zaratiegui, sin olvidar la movilización de la Alcarria en apoyo de la expedición Real durante su permanencia en Mondéjar.

¹¹ Archivo Real y General de Navarra, papeles Zaratiegui (reproducido en Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y Ocaso de Don Carlos*, pp. 286-7). Ésta es la fuerza efectiva, mientras que la disponible era de 11.083 infantes y 717 caballos. Aunque el estado de fuerza en que se encuentran estos datos carece de fecha, por la situación de las tropas puede deducirse que nos encontramos en los momentos inmediatamente anteriores a la acción de Reuerta. Nótese que cualquiera de estas dos cifras es superior a la que da Zaratiegui en su *Miscelánea*, lo que se explica porque es muy probable que cuando la redactó no pudiera acceder a su archivo.

¹² Estos últimos días fueron decisivos para explicar las

2. EL GENERAL ZARATIEGUI.

Juan Antonio Zaratiegui y Celigueta nació en Olite, el 27 de enero de 1804. «Dedicado a la curia por no poder seguir una carrera literaria»,¹³ conservó sin embargo la afición a los libros, y era frecuente que en los juegos bélicos que las circunstancias propiciaban entre los niños de la época, arengara a sus huestes mezclando textos de César y Carlomagno, o de Carlos V y Alejandro. En julio de 1822 se adhirió a la partida realista levantada por Lorenzo Unzué, y poco más tarde era nombrado secretario de Santos Ladrón, encontrándose entre sus tareas la redacción del *Diario del Ejército*. Al concluir la campaña ostentaba el grado de capitán y estaba en posesión de la cruz de San Fernando de primera clase.

En 1824 acompañó a don Santos a Madrid, y quedó destinado en la inspección de Infantería. En septiembre de 1826 se reincorporó a su regimiento, el 1.º ligero, por aquel entonces de guarnición en Zaragoza. Allí coincidió con el teniente coronel Tomás de Zumalacárregui, con quien ya había servido durante la campaña realista. Tras cinco años de servicio, en los que pasó por Valencia, Cartagena, Navarra, Vich, Seu de Urgel, Gerona, etc., fue trasladado al regimiento de voluntarios de Navarra, donde no tardó en recibir encargo de la diputación para ocuparse de la secretaría de la inspección de Voluntarios Realistas. En 1832 se reincorporó a su regimiento en León, y permaneció en el ejército de observación sobre la frontera de Portugal.

Depurado del ejército en marzo de 1833 por sus conocidas simpatías carlistas, pasó algún tiempo en Valladolid, donde se encontraba de cuartel el general Ladrón, hasta que a finales de junio se

duras medidas que se tomaron contra diversos generales a la vuelta de la expedición, pues la columna de don Sebastián y Zaratiegui entró en las provincias sin autorización de don Carlos. Ciertamente es que no podía hacer otra cosa dada la situación de las fuerzas liberales, pero no lo es menos que el Pretendiente y los que le seguían sintieron que habían sido abandonados cuando se encontraban prácticamente rodeados por el enemigo, *Vid.* BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y Ocaso de don Carlos*, pp. 191-202.

¹³ Antonio PIRALA: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista, corregida y aumentada con la historia de la Regencia de Espartero*, Madrid, Felipe González Rojas, 1889-1891, tomo II, p. 686.

dirigió a Navarra para encargarse de nuevo de la secretaría de la inspección de Voluntarios Realistas. Enviado por la diputación a Barcelona para completar su equipo, no tardó en ser llamado por Llauder, en aquellos momentos capitán general del Principado, que viendo en su misión objetivos políticos ordenó se le vigilase. Tal era la situación en que

se encontraba Zaratiegui el 3 de octubre de 1833, en que tuvo noticia de la muerte del monarca. No sin muchas vacilaciones, decidió presentarse ante Llauder a fin de que se le dispensara el pasaporte necesario para volver a Navarra. Ignoramos cuál pudiera haber sido el resultado de la entrevista, pues acababa de comenzar cuando hizo acto de presencia el obispo de Barcelona, circunstancia que aprovechó Zaratiegui para salir del despacho y dirigirse a la secretaría, donde dijo haber recibido el consentimiento de Llauder, logrando mediante esta estrategia un pasaporte que de otra forma hubiera podido tener graves problemas para conseguir. El 11 de octubre hizo su entrada en Tudela, y el 12 mantuvo contactos con un sargento de la columna del conde de Castejón, que se encontraba en Caparros, con el propósito de sublevar las tropas a favor de don Carlos, pero las fuerzas cristinas continuaron su camino antes de que hubiera tiempo de ultimar los detalles.

Camino de Pamplona tuvo noticia del fusilamiento del general Ladrón, derrotado y preso en la acción de los Arcos. Nada más tener noticia de su llegada, el coronel Zumalacárregui, que había sido

separado del mando de su regimiento tras los incidentes de El Ferrol, le mandó un billete requiriendo su presencia, mantuvieron una entrevista que nos ha sido descrita por Pirala y en la que ambos se comprometieron a tomar las armas en defensa de la legitimidad. Pocos días después se hallaban en las filas carlistas.



D. Juan Antonio Zaratiegui

Con antecedentes tales como su visita a don Santos en Valladolid a finales de junio, o su comisión en Barcelona para ampliar el equipo de los Voluntarios Realistas, no parece creíble que Zaratiegui hubiese permanecido ajeno al plan que desde febrero de 1833 promovían los coroneles Francisco Benito Eraso y Juan Manuel Sarasa para sublevar el reino de Navarra en favor de don Carlos.¹⁴ Máxime si se tiene en cuenta que los conspiradores habían hablado con Zumalacárregui y el general Ladrón, que «estaban asimismo conformes en

cooperar a la empresa, poniéndose a la cabeza del pronunciamiento general».¹⁵ Fuera como fuere, lo cierto es que según Zaratiegui, si bien en Vascongadas se habían tomado medidas para sostener

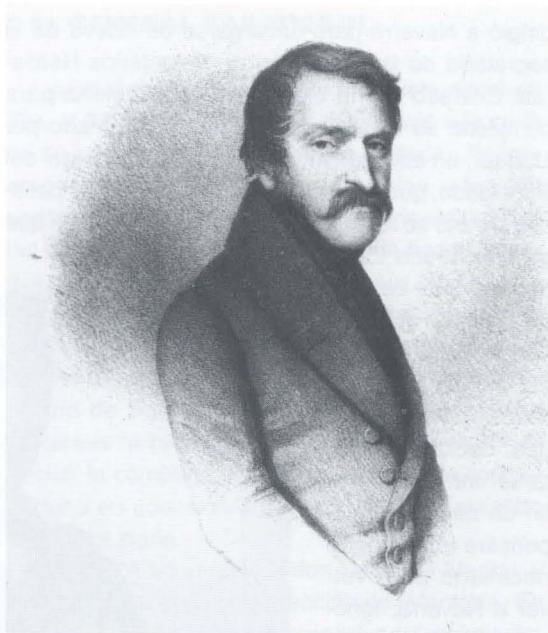
¹⁴ Para este particular, así como las relaciones que mantenían con Madrid y las Provincias Vascongadas, puede verse Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Ed. Actas, 1992, p. 62 y ss.

¹⁵ Juan Manuel SARASA: *Vida y hechos militares del mariscal de campo don Juan Manuel Sarasa, narrados por él mismo. Prólogo, notas y bibliografía por Jaime del Burgo*, Pamplona, Real Cofradía del Gallico de San Cernín, 1952, p. 55.

con las armas los derechos de don Carlos, en Navarra no se hizo tal cosa «por circunstancias particulares». ¹⁶ Más crédito merecen sus palabras cuando habla de la escasez de medios que se observó en Navarra en los primeros días del alzamiento: «la falta de armas provenía principalmente de que los voluntarios realistas no tuvieron jamás en Navarra, como en las otras provincias de España, una organización regular, efecto de la indiferencia con que las autoridades locales miraron esta institución, considerando como innecesario y aun pernicioso tener fuerza armada en un país donde andaban tan uniformes las opiniones políticas». ¹⁷

No nos interesa reseñar aquí los hechos de la época en que permaneció como secretario de Zumalacárregui, de la que nos conformaremos con reseñar su papel en la junta de oficiales celebrada en Lumbier el 8 de marzo de 1834. Aunque el día anterior Zumalacárregui había rechazado las ofertas de paz que le hacía el general Quesada, reunió a sus principales subordinados y, sin indicarles que ya había dado una respuesta, les pidió su opinión sobre el particular. Zaratiegui fue el primero en tomar la palabra para oponerse de forma tajante a cualquier componenda, postura imitada de manera unánime por el resto de los presentes. ¹⁸

Tras la muerte de Zumalacárregui, Zaratiegui aparece entre los jefes que desde el primer momento se muestran contrarios a su sucesor, el teniente general González Moreno. Y según nos cuenta uno de los implicados, asistió en Zúñiga a una reunión en la que estuvieron presentes Maroto, Simón de la Torre, Bellenjero, Arjona y Arizaga, en la que se criticaron duramente las operaciones de Moreno, «y descendió la conversación hasta criticar la organización del cuartel real y gobierno de D. Carlos, que censuró Maroto más agriamente, emitiendo su juicio particular sobre las reformas que creía necesarias; siendo digno de notarse que ya en esta conversación indicó la necesidad que había de promover actos parecidos a los que más ade-



D. Carlos

lante practicó en Estella». ¹⁹ Ignoramos el papel que pudo tener Zaratiegui en esta tertulia, donde «quedaron todos tan admirados del carácter que manifestó Maroto, y de sus opiniones, que a la mañana siguiente Latorre y todos se estremecían con la idea de que pudiese saberse por D. Carlos o Moreno lo que se había hablado en aquella reunión». En cualquier caso la enemistad entre Moreno y Zaratiegui era de dominio público, hasta el punto que recuerdo haber leído en alguna fuente de la época la acusación de que Zaratiegui había actuado de mala fe en la batalla de Mendigorriá para propiciar la derrota de Moreno.

Pese a tales comentarios lo cierto es que Moreno propuso su nombramiento como brigadier en octubre de 1835 y, poco más tarde, colocado al frente del ejército el teniente general Eguía, Zaratiegui era nombrado jefe de E.M. de la división de Castilla, de donde pasó al mando de la primera brigada de Navarra y, cuatro meses más tarde, al de la comandancia general del Arga. Durante su breve mando el general Villarreal trató de nombrarle co-

¹⁶ Juan Antonio ZARATIEGUI: *Vida y hechos de don Tomás de Zumalacárregui*, Madrid, Imprenta de D. José de Rebellado y Compañía, 1845, p. 11.

¹⁷ ZARATIEGUI: *Vida y hechos*, p. 25.

¹⁸ ZARATIEGUI: *Vida y hechos*, pp. 148-151. En 439-456 recoge los testimonios de Vidaondo, Sarasa, Ripalda y Gómez corroborando sus afirmaciones.

¹⁹ ARIZAGA: *Memoria militar*, p. 29.



El teniente general González Moreno. Zaratiegui se mostró contrario a él desde el primer momento.

mandante general de Navarra, pero no logró vencer la resistencia de la corte, que mantuvo en su puesto a García, motivo por el cual Zaratiegui hubo de conformarse con el título de segundo comandante general, quedando a su cargo la organización de los batallones de la provincia. Ascendido a mariscal de campo por la conquista de Larraga, Zaratiegui fue el primero en advertir a Uranga de la salida de Espartero de las Provincias con el designio de perseguir a la expedición Real. Tras varias conversaciones con su superior se decidió la salida de una nueva columna que operase en Castilla y atrajese sobre sí la atención de parte del ejército liberal, siendo el propio Zaratiegui quien se ofreció voluntario para el desempeño de tal misión.

De vuelta a las provincias tras las vicisitudes que él mismo nos narra en el documento que reproducimos, la situación de Zaratiegui pasó a ser harto comprometida. La alocución dada por Don Carlos en Arciniega para explicar las causas de su regreso no podía ser más explícita a la hora de señalar a

Zaratiegui («si la falta de municiones o de cooperación de algún cuerpo precisó por el momento a ceder terreno»), al que se mandó de inmediato poner bajo prisión, al igual que a su segundo, el brigadier Elío. El 6 de junio de 1838, tras varios meses de juicio, tuvo lugar la reunión del consejo de generales en que debía dictarse sentencia contra Zaratiegui, reunión en la que hubo los más encontrados pareceres. «El presidente, duque de Granada, don José de Uranga y don José de Mazarrasa, votaron la pena capital con degradación contra Zaratiegui y la inmediata contra Elío. Don Manuel Martínez, don Francisco Brena y don Manuel Sara menguaron mucho las dichas penas y señalaron otras arbitrarias y bastante discordantes aun entre sí mismas; el conde del Prado, don Joaquín Montenegro y don Luis Gastón casi los absolvieron de todo cargo».²⁰

²⁰ *El Mariscal Mazarrasa*, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1973.

En sus memorias, dadas a conocer por Sojo y Lomba, el mariscal Mazarrasa dio una amplia fundamentación de su voto, y la conclusión que se saca de su lectura es que no había ningún motivo real para juzgar a Zaratiegui, como no fuera el haber abandonado a don Carlos ante el enemigo, tema sobre el cual da a nuestro parecer una explicación bastante consistente en su *Miscelánea*.²¹ La acusación fiscal, obra de Vivanco, tampoco aporta datos que nos lleven a modificar esta opinión.²²

En el fondo, la causa encubría las disputas internas del carlismo, como puede observarse fácilmente si se lee la defensa efectuada por el coronel Madrazo, en la cual las acusaciones contra el fiscal y varios miembros del tribunal son constantes, justificando plenamente su posterior detención.²³

Pero detrás del juicio tal vez hubiera algo más de lo que aparece a primera vista. Aunque es cierto que no se le puede considerar una fuente excesivamente fiable, Maroto apunta que tras pasar el Ebro el Infante don Sebastián se aposentó en Baroja: «Esta detención debió dar margen al trato íntimo y frecuente de S.A. con las personas que por su categoría podían acercársele, y tuvo efectivamente continuas reuniones y conferencias con Villarreal, Elío, Zaratiegui, Vargas, Arjona, y con su capellán D. Francisco Bruno y Esteva. En ellas se propuso ya el plan de transacción y se discurrió acerca de los medios de que se habían de valer para comprometer en ella al mismo D. Carlos, y como se sostuviesen las conferencias con actividad y por largo tiempo, llegaron a conocimiento del mismo señor, y motivaron la prisión de Elío y Zaratiegui, y la continuación de los demás así como la ruidosa causa que se les

formó por la cual se les tenía en rigurosa prisión, de lo que no salieron hasta que yo les salvé».²⁴

Esta propensión de Zaratiegui hacia una solución pactada del conflicto no debía ser desconocida en las filas cristinas, pues mientras se encontraba preso recibió una carta del general Castañeda en la que el jefe isabelino le comunicaba que había ha-



El infante D. Sebastián

²¹ *Ibidem.*, pp. 422-425.

²² José M.^a GONZÁLEZ DE ECHÁVARRI Y VIVANCO: *Centenario de la campaña carlista. Zumalacárregui. Estudios críticos a la luz de documentos inéditos. Vivanco (Memorias de su vida militar). Último período de la Campaña (Expedición real.- Proceso de Zaratiegui.- El Convenio de Vergara y las Sociedades secretas)*. Valladolid, Imprenta y Librería Casa Martín, pp. 164-185.

²³ Clemente MADRAZO ESCALERA: *Un episodio de la guerra civil en el ejército de Carlos V*, París, imprenta de Adriano Moessard y Jousset, 1840. La obra había obtenido permiso para publicarse en 13 de julio de 1839, hecho muy significativo si se tiene en cuenta los durísimos ataques que incluía contra varios generales carlistas.

²⁴ Rafael MAROTO: *Vindicación del general Maroto, y manifiesto razonado de las causas del Convenio de Vergara, de los fusilamientos de Estella y demás sucesos notables que les precedieron, justificados con cincuenta documentos, inéditos los más*, Madrid, imprenta del colegio de sordomudos, 1846, p. 95. Para Maroto esto prueba hasta qué punto estaba difundida en el ejército la idea de transacción antes de que él se hiciese cargo del mando. Varios autores antimarotistas le han acusado de que en su día se mostró partidario de fusilar a Zaratiegui y Elío, Cfr. M.-G. MITCHELL: *Le camp et la cour de D. Carlos. Narration historique des événements survenus dans les Provinces du Nord depuis le moment où Maroto prit le commandement de l'armée carliste, en 1838, jusqu'à l'entrée de D. Carlos en France en 1839*, Bayonne, Imprimerie d'Edouard Maurin, 1839, p. 52; Alph. de BARRES DU MOLARD: *Mémoires sur la guerre de la Navarre et des Provinces Basques, depuis son origine en 1833, jusqu'au traité de Bergara en 1839*, París, Dentu, 1842, pp. 284-285.

blado de él con Espartero, y que deseaban hacer cuanto fuese posible en su favor:

«Las circunstancias son favorables para ello y quizá, si V. y los que se hallan en su caso se resolviesen, podrían cesar los males que afligen a esta desgraciada nación, restituyéndola la paz. El modo es sencillo, sólo se reduce a que V. alzase la voz de paz y fueros, siendo de esperar que por su crédito encontraría al momento partidarios sin número... Para que V. saliese adelante con la empresa puede contar con cuantos auxilios necesite por parte del gobierno de la Reina y aun de los gabinetes de Francia e Inglaterra y también con la conservación de sus empleos y honores y los de sus subordinados que tomen parte, con más a los que se hagan acreedores y con las garantías que le asegurarán que el gobierno no menoscabará jamás los privilegios Vascongados».²⁵

El hecho de que esta carta lograra llegar a Zaratiegui, que se hallaba incomunicado, demuestra hasta qué punto se habían introducido ya las redes cristinas dentro de las filas de Don Carlos. Zaratiegui remitió la carta al Infante Don Sebastián, con una nota — fechada el 27 de agosto de 1838 — en que señalaba que «sin acabar de leerla he llamado al comandante del fuerte, manifestado su contenido y dado las luces necesarias para la averiguación de los conductores a quienes se está poniendo en arresto».

Aunque Maroto fue colocado al frente del ejército en julio de 1838, lo cierto es que Zaratiegui permaneció en prisión hasta después de los fusilamientos de Estella. Su orden de libertad se dio el 4 de marzo de 1839, y el 18 se mandó leer su inocencia durante tres días en la lista de tropas.²⁶ Poco más tarde era destinado a las inmediatas órdenes de Maroto, mientras que Elío, su antiguo segundo, era nombrado comandante general de Navarra.

No está excesivamente clara la conducta de

Zaratiegui en los meses que siguen. A principios de junio Madrazo y Zaratiegui se presentaron en el alojamiento de Arizaga, que fue informado por el primero de las gestiones que había realizado en Francia para conseguir una transacción que concluyese la guerra, añadiendo que «si Don Carlos no cede, no se le hace caso».²⁷ Acto seguido ambos marcharon al cuartel general para poner a Maroto al corriente de todos los pormenores. Tres días más tarde partieron para el cuartel real, y allí permaneció Zaratiegui cuatro o cinco jornadas hasta que fue reclamado por Maroto. En el camino pasó de nuevo a ver a Arizaga, con quien tenía buena amistad, y con el que se expresó en los siguientes términos: «Si V. me promete toda reserva, le manifestaré el tratado de paz que está ajustado por mediación de una nación extranjera, y que según me ha declarado Ramírez de la Piscina, acaba él de firmar con el arzobispo de Cuba y D. Juan Bautista Erro, y que ha sido aprobado por D. Carlos».²⁸ Zaratiegui añadió «que revelaría el secreto a Maroto, y después marcharía a Navarra para propagar la especie, y reanimar con ella el espíritu público. Así se efectuó, y a los dos días todos los vecinos de Durango y habitantes de las provincias hablaban de la paz».

Si hasta aquí queda claramente confirmado el papel de Zaratiegui a favor de los planes de transacción, los hechos posteriores evidencian claramente que se distanció de Maroto. Es muy probable que esto ocurriera en el momento que Espartero se negó a aceptar las proposiciones de paz iniciales, que contemplaban el matrimonio del hijo de Don Carlos con Isabel II, pero tampoco cabe desechar la idea de que el general navarro desconfiara con anterioridad del jefe del ejército. Según Pirala, entre apostólicos y marotistas surgió un tercer partido, que giraba en torno a Marcó del Pont, y que recibía el nombre de ilustrado o de transacción. En él esta-

²⁷ ARIZAGA: *Memoria militar*, p. 218.

²⁸ *Ibidem*, pp. 219-220. Arizaga recoge que Zaratiegui pensaba proponer a Maroto que cediera el mando a Villarreal, pues los últimos reveses militares le habían desacreditado ante el ejército, pero el auditor le respondió que mientras que Maroto estaba personalmente comprometido con la causa de la transacción, Villarreal no tenía carácter para hacer frente a Don Carlos. Según su testimonio, Zaratiegui quedó convencido. Al parecer las condiciones eran las mismas que Maroto propusiera inicialmente a Espartero.

²⁵ Clemente MADRAZO ESCALERA: *Un episodio de la guerra civil*, pp. 234-235.

²⁶ MADRAZO: *Un episodio de la guerra civil*, pp. 238-239.

ban al coronel Madrazo y numerosos militares, que deseaban una paz en términos distintos a los que Maroto estaba dispuesto a conceder, por lo que tenían resuelto deponerle.²⁹

Pero el caos ya era prácticamente absoluto en el seno de las filas carlistas, donde a principios de agosto se producía la sublevación de varios batallones navarros contra Maroto. Pocos días más tarde eran las fuerzas guipuzcoanas las que se insubordinaban, aunque con un propósito netamente distinto: el de alejar del mando al general Vargas e impedir así que pudiese oponerse a Maroto. A partir de estos momentos es evidente que Maroto considera a Zaratiegui como un enemigo, e incluso le culpa de la sublevación de los batallones navarros, a la que creemos fue completamente ajeno. Lo cierto es que al igual que muchos otros, Zaratiegui, pese a ser un decidido partidario de poner final a la guerra merced a una transacción, se negó a adherirse al convenio de Vergara y acompañó a Don Carlos al destierro.

En 1845 publicó su famosa obra *Vida y hechos de D. Tomás de Zumalacárregui* y en 1849 regresó a España, acogido a la amplia amnistía ofrecida por el gobierno isabelino, que le reconoció el grado de mariscal de Campo. En 1868 fue ascendido a teniente general y nombrado director de la Guardia Civil, ofreciendo su espada a Carlos VII tras la revolución de septiembre. Miembro del centro militar carlista constituido en Madrid en noviembre de 1870, fue designado por el nuevo Preten-

²⁹ PIRALA: *Historia de la Guerra Civil*, tomo III, p. 357. En el mismo sentido puede verse la obra de Reynaldo de BREA (barón de Artagán): *Cruzados Modernos*, Barcelona, La Bandera Regional, p. 90: «Cuando en agosto de 1839 se persuadió Don Carlos de que el General en Jefe de su Ejército del Norte D. Rafael Maroto estaba ya decidido a traicionarle, trató de contrarrestar sus planes de acuerdo con el Infante D. Sebastián Gabriel de Borbón, con el Grande de España D. Fray Cirilo A. de Brea (Presidente de su Consejo de Estado), con su antiguo Ministro D. Juan B. Erro y con su Secretario de Estado Sr. Ramírez de la Piscina, decidiéndose por todos ellos la destitución del General Maroto; para llevarla a cabo era necesario contar incondicionalmente con un jefe de corazón y de absoluta confianza; pensóse, como tal, en el Brigadier Vargas, quien acto seguido se ofreció a todo, aprovechándose de la circunstancia de ejercer a la sazón la Comandancia General de Guipúzcoa». Para valorar mejor este testimonio no debe olvidarse el parentesco de Brea con el arzobispo de Cuba.

diente para dirigir el alzamiento de los carlistas andaluces, puesto que no pudo desempeñar adecuadamente debido a su escasa salud, que le llevó a la tumba sin permitirle participar en la nueva campaña.³⁰

3. LA MISCELÁNEA SUMARIO.

Cuenta Azcona, que antes de abandonar el país, Zaratiegui depositó todos sus documentos en una caja de plomo, en la que metió también una bandera tomada al enemigo y unas monedas de oro con la efigie de Don Carlos, acuñadas por él en Segovia. Enterró la caja junto al árbol de Guernica y diez años después, a su vuelta a España, la desenterró. «Todo estaba intacto, menos las monedas de oro, que habían desaparecido».³¹ Andando el tiempo esta documentación fue a parar al Archivo General de Navarra, formándose con ellos una colección denominada «Papeles Zaratiegui». Entre sus fondos destacan los relacionados con Zumalacárregui, utilizados por el padre Risco para su obra *Zumalacárregui en campaña*, pero también es numerosa la documentación sobre la expedición de Zaratiegui en Castilla, que tuvimos ocasión de consultar con motivo de nuestro libro sobre la expedición Real.

En este último grupo de documentos puede incluirse la *Miscelánea Sumario de las expediciones que han salido de estas provincias*, de la que se conservan dos copias: una redactada por el propio Zaratiegui, y otra mecanografiada por el padre Risco.³² La *Miscelánea* es un texto destinado a mostrar la superioridad de la expedición de Zaratiegui sobre todas las demás emprendidas antes y después de la misma, y en la que en ocasiones se minusvalora el mérito ajeno para realzar el propio. Desde el punto de vista histórico, junto a la breve relación que hace de los éxitos por él obtenidos, lo más valioso es la descripción de los últimos días de

³⁰ BREA: *Cruzados modernos*, pp. 83-84.

³¹ José M. AZCONA: *Zumalacárregui. Estudio crítico de las fuentes históricas de su tiempo*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1946, p. 356.

³² Archivo Real y General de Navarra, Papeles Zaratiegui, leg. 3-51.

la expedición Real, en que se puede ver hasta qué punto se había adueñado el caos de las operaciones legitimistas. Dadas las limitaciones de espacio que impone un artículo hemos optado por suprimir las partes que hemos considerado menos interesantes, como las comparaciones entre las operaciones de Zumalacárregui y otros generales carlistas, las imputaciones que se podrían haber hecho a otros dirigentes legitimistas por sucesos similares a los que motivaron su proceso, la similitud de la toma de Nueva por Pedro el Grande con la con-

quista de Segovia, y las páginas que dedica a atacar a varios miembros del partido apostólico, como Vivanco, Mazarrasa, los hermanos Sanz, el oficial de la secretaría de guerra Ibáñez, el general Martínez...

En cualquier caso, y a pesar de ser un escrito en el que nunca debe prescindirse del contexto, se trata de un relato de las expediciones hecho por el más afortunado de sus protagonistas, motivo por el que hemos considerado de interés darlo a conocer a nuestros lectores.

MISCELÁNEA SUMARIO DE LAS EXPEDICIONES QUE HAN SALIDO DE ESTAS PROVINCIAS

En el año 34 se confió una expedición al Gral. Cuevillas, compuesta de dos batallones alaveses y alguna más infantería castellana que apenas puso el pie en Castilla por la parte del convento de Herrera cuando sufrió una sorpresa a las ocho del día en la cual murió el jefe alavés D. Juan Areitio. Con este motivo regresaron desordenadamente a las Provincias.

En el mismo año salió otra expedición para Castilla al mando del brigadier D. Manuel Sanz en la que iba también como jefe el brigadier D. José Mazarrasa. Llegaron a Villarcayo, en cuyo pueblo no pudieron rendir diez miserables urbanos. Ejecutaron un saqueo horroroso en el vecindario, incendiaron además los expedicionarios treinta y siete casas, todo sin utilidad y los excesos llegaron a su colmo, pues ni los templos respetaron. Envueltos en este desarreglo fueron sorprendidos en Ciguenza y sin otra utilidad regresaron a muy pocos días a las Provincias habiendo vuelto a sufrir otra sorpresa. De tantos males y conducta escandalosa para los pueblos y para la disciplina resultaron grandes quejas, que se elevaron por parte de los Jefes subalternos de Sanz, en especial por el coronel Arroyo hoy Mariscal de Campo, en cuya vista se mandó tomar expediente. El general Zumalacárregui quiso castigar los autores de los desór-

denes y a este efecto procuraba aclarar los hechos. Protegido Sanz por el Ministerio, quedó ilusoria toda medida y cuando la muerte de aquel General, fue absuelto Sanz sin más examen. Mazarrasa buscó el expediente y antecedentes en la Secretaría de Zumalacárregui a su muerte y éste fue el término que tuvo una de las expediciones peor dirigidas que ha salido para Castilla y de cuyo comportamiento han resultado graves males a la Causa.

En Agosto de 1835 se confió una expedición de 4 batallones al brigadier Guergué con la cual pasó al Alto Aragón y de aquí a Cataluña; estando en el Principado se le insurreccionó la tropa volviendo a estas provincias por noviembre, dejando el país en peor situación que lo había encontrado y trayendo la fuerza que llevó disminuida en una mitad. Los motivos de la insurrección de voz pública se dijo que fueron la malá dirección, la apatía, la suma inacción para no batir al enemigo cuando se presentó ocasión, la poca concordia con los jefes catalanes, las exacciones de dinero que hacía el brigadier Guergué sin atender al pago del haber de la tropa y menos a la compra del calzado; de todo lo cual se originó la grande indisciplina en que por fin decayó el soldado. A pesar de todo esto, no se hizo el menor cargo a nadie.

En Junio de 1836 marchó la expedición del general Gómez compuesta de cinco batallones y dos escuadrones, que batió a su salida a la División enemiga llamada de Reserva, penetró las Asturias y Galicia, entrando en Santiago; volvió a Castilla, tuvo la acción de Jadraque muy gloriosa; pero reunido con los aragoneses fue batido en Villarrobledo; pasó a la Andalucía y entró en Córdoba; reconoció el campo de Algeciras, sufrió pérdidas en Arcos y Majaceite; tomó el Almadén y en resultado final, vino a estas Provincias en la más completa decadencia. En su cuerpo faltaban los soldados más veteranos y aunque el número sería tal vez igual al que llevó, la calidad era inferior.

En Julio siguiente se mandó una expedición al mando de D. Basilio García compuesta de dos batallones y algunos caballos que penetró en Castilla por la tierra de Cameros, entró en Soria que estaba desguarnecida, corrió la tierra de la Provincia, tuvo una acción en Arauzo, pero cargado por tropas enemigas, se replegó otra vez a estas Provincias pasando al regreso por las faldas del Moncayo y reemplazando en Tarazona y otros pueblos las bajas que le habían resultado. Se habló mucho de la indisciplina de esta expedición que volvió seguramente cargada de equipajes cuyo número de acémilas era extraordinario, prueba clara del mal trato dado a los pueblos y de la desmoralización del soldado. Se mando formar causa al Jefe que mandó la expedición, la cual con el transcurso del tiempo quedó sepultada en el olvido sin resultado.

En Septiembre de 1836 salió la expedición del Gral. Sanz para Asturias; sufrió una derrota en una acción que tuvo; no pudo rendir a los de Oviedo; se vio atrozmente perseguida y después de indecibles trabajos regresó a estas Provincias reducida su infantería a la mitad y la caballería a menos.

En Mayo de 1837 salió la grande expedición con el Rey N.S. a la cabeza. Se componía de 16

buenos batallones que reunían una fuerza de 11.000 infantes con 10 escuadrones de caballería que tendrían 1.200 caballos. Una y otra arma iban bien equipadas y armadas. Esta fuerza pasó los ríos Aragón y Gállego, pero a los pocos momentos de llegar a Huesca fue sorprendido, mas habiendo hecho frente, logró rechazar al enemigo con gran pérdida; poco después ganó otra acción en Barbatro pero en el paso del Cinca fue aniquilada su retaguardia. Uno de los errores más grandes de esta expedición fue el no dirigirse después de la acción de Huesca al centro de la Monarquía y no el irse a meter en las miserables montañas de Cataluña donde debían prever las necesidades e inconvenientes que les aguardaban. Se perdió la acción de Guisona y si en las dos anteriores hubo bajas de hombres, en ésta la hubo de hombres y en la moral.

Unidas las tropas de Cataluña a las expedicionarias se acometió a la miserable canalla de urbanos de San Pedro, junto a Manresa, y aunque su número no excedía de sesenta, sin que contasen otros auxilios para su defensa que sus fusiles y una mala casa, con todo, este grupo despreciable se burló de más de quince mil hombres.

Acosados del hambre mucho más que de los enemigos tuvieron que abandonar la Cataluña y pasó la expedición como milagrosamente el Ebro. Reunidas a Cabrera se presentaron nuestras fuerzas en los arrabales de Valencia y a pesar del estado de esta ciudad no fue acometida.

Pocos días después se perdió la acción de Chiva que también fue una semisorpresa teniendo el enemigo inferiores fuerzas a las del Rey.

Este intempestivo revés obligó al Ejército nuestro a buscar puntos de acantonamiento en las áridas montañas de Cantavieja, donde la tenían cercadas las divisiones de Espartero, Buerens y Oráa. La toma de Segovia obligó al primero a acudir al socorro de Madrid y habiéndose retirado de la línea los otros dos, salió la División expedicionaria de sus acantonamientos y consiguió la acción de Villar de los Navarros. Fue Espartero otra vez al Aragón, pero mientras tanto por su flanco derecho avanzaron hacia la Alcarria la expedición real, mientras Cabrera lo hacía por la parte de Cuenca. Situada en la Alcarria la primera, Espartero regresó a Madrid, pasando por el flanco derecho de nuestras tropas y a pesar de hallarse bastante retrasado no

fue molestado en cosa alguna; cuando, según todos, era tal el estado de sus tropas con sus marchas y contramarchas que a poca costa hubiera sido destrozado y la situación de la capital sería la más crítica que podía ser, tomada la línea del Duero y cortadas las comunicaciones con Castilla.

Así es que, dando lugar a la concentración de fuerzas sobre la capital y no formando plan alguno con las nuestras que operaban en Castilla la Vieja, sin confianza sobre la verdadera posición del enemigo, se avanzó sobre Alcalá, hallándose Espartero allí; esta novedad alarmó al Gral. Moreno en términos que mandó la contramarcha y aprovechando la coyuntura el rebelde, no cesó de perseguir a los nuestros sin descanso hasta rebasar el Duero por la parte de San Esteban de Gormaz. Al mismo tiempo el cuerpo que mandaba Cabrera se separó para regresar hacia Valencia pero antes que lo efectuase sufrió una sorpresa en que le tomó el enemigo Oráa 900 prisioneros.

Cuando la división real rebasó el Duero estaban reducidas sus fuerzas a unos 3.000 hombres de los 11.000 que sacó de las Provincias y la caballería apenas contaba con 150 caballos muy estropeados, de los 1.200 que llevó.

Esta expedición ganó las acciones de Huesca, Barbastro y el Villar de los Navarros. Perdió las de Guisona y Chiva y sufrió en el paso del Cinca y retirada de Alcalá muchas pérdidas. Fue feliz, mas no cuerda, en haber superado el paso del Aragón, del Gállego, Cinca y Ebro, pero cometió grandes errores. 1.º En no haber seguido a Iribarren después de Huesca y variado de dirección para pasar el Ebro sin meterse en nuevas dificultades y abrazando trabajos inmensos sin utilidad. 2.º En detenerse tantos días en Barbastro después de pronunciado su movimiento, dando lugar a la concentración de las fuerzas enemigas de que provino el haberle cargado al paso del Cinca. 3.º En no haberse situado entre la columna de Espartero y Madrid para no dejar a este lugar de socorrer la capital. 4.º En no haber combinado operación alguna con las tropas de Castilla la Vieja. 5.º En haberse retirado después de la intentada sorpresa contra Alcalá en dirección del Duero, cuando debía haberlo hecho hacia Cuenca para no verse arrojada contra el Ebro.

Los resultados, pues, de la grande expedición fueron hasta el paso del Duero los siguientes:

| | | |
|---------------------------------|-----------|-----------|
| Llevó por un cálculo aproximado | 11.000 | 1.200 |
| Trajo | infantes | caballos |
| Tuvo de baja | 3.000 id. | 200 id. |
| | 8.000 id. | 1.000 id. |

Ganó las acciones de Huesca, Barbastro y Villar de los Navarros, perdió las de Guisona y Chiva; sufrió dos sorpresas, mucha hambre y privaciones de toda especie; corrió las Provincias de Aragón, Cataluña, Valencia y Castilla la Nueva, pero en resultado final quedó aniquilada sin conseguir la menor ventaja en favor de las armas del Rey N.S.

Otra expedición salió en Julio de 1837 compuesta de ocho batallones y tres escuadrones que hacían un total de 4.500 infantes y 260 caballos; esta expedición ganó la acción de Zambrana a su paso del Ebro; asaltó a Segovia y rindió su Real Alcázar; obligó a los enemigos a replegarse sobre Madrid; los atacó en las Rozas, obligando así a Espartero a venir en su socorro; cogió un escuadrón completo y una compañía de infantería en Villacastín. Se retiró de Segovia a la vista de 10 escuadrones enemigos y más de 8.000 infantes y vino hasta 30 leguas perseguido sin perder un hombre; tomó los fuertes de Salas de los Infantes, Burgo de Osma y Lerma, atacó e hizo abandonar el campo a Méndez Vigo en Solarana donde tenía superiores fuerzas; obligó a los enemigos a levantar la guarnición de Aranda de Duero; obligó a Espinosa a dejar a su capital que ocuparon nuestras tropas; batió a Lorenzo en Aranda en momentos muy críticos y salvó así al Rey N.S. y a la expedición Real.

Resultados hasta la incorporación con ésta.

En los cinco días que estuvo en Segovia formó un batallón con este nombre.

En los que estuvo en Valladolid formó otro.

Los tres con el nombre de Burgos se formaron durante las operaciones en la montaña y se completó el cuadro del 6.º y 7.º de Castilla.

El armamento tomado en Segovia; el de las demás guarniciones rendidas y el que produjo el desarme de 3.000 urbanos en Valladolid e inmediacio-

nes dio bastante para armar a los nuevos cuerpos que fueron:

| | |
|----------------|---|
| | Voluntarios de Segovia |
| | Voluntarios de Valladolid |
| | 1.º de Guías de Burgos |
| | 2.º de Guías de Burgos |
| Fuerzas de | 3.º de Guías de Burgos |
| nueva creación | 6.º de Castilla |
| | Un escuadrón de caballería y el complemento de caballos de otro en cuadro al mando del coronel Gago |
| | Otro escuadrón con nombre de Lanceros de Castilla |

| | | |
|---------------------------------|----------|----------|
| La expedición a su salida tenía | 4.500 | 260 |
| | infantes | caballos |
| Cuando se unió a la Real tenía | 10.000 | 700 |
| | infantes | caballos |
| Aumento | 5.500 | 440 |
| | id | id |

No sufrió ninguna sorpresa ni careció de la ración diaria ni haber.

Si se exceptúan 7.500 duros que exigió el Intendente en Aranda, se debe observar que esta división se mantuvo casi sólo de lo ocupado a los enemigos ya en los fuertes, ora en los diezmos, rentas reales, &&&. Por un cálculo muy aproximado esta división en todas sus empresas tuvo una baja como se expresa:

Muertos Heridos Dispersos

| | | | |
|--|----|-----|-----|
| En la acción de Zambrana | 9 | 93 | |
| En la toma de Segovia | 6 | 19 | |
| En la retirada | | 1 | |
| En las Rozas | 1 | 21 | |
| En Salas de los Infantes | 1 | 5 | |
| En Nebreda | 8 | 111 | |
| En el Burgo de Osma | 2 | 4 | |
| En Lerma | 2 | 2 | |
| En Valladolid (no obstante lo dicho por el brigadier Novoa, pues sus bajas sólo procedieron de otra causa, como se dirá) | 6 | 42 | 100 |
| En el Puente de Aranda | 8 | 20 | |
| Total | 43 | 319 | 100 |

Las bajas de la brigada castellana en Valladolid dimanaron de la desertión de una porción de presidiarios destinados al 7.º de Castilla y que estaban por causa de opinión; éstos a los primeros tiros escaparon por donde pudieron como gente que sólo una casualidad les había hecho soldados y la mayor parte tendrían familia, &.

Sólo se hicieron en una ocasión a esta división 30 prisioneros que fueron rescatados con la toma de Lerma como es público y notorio.

Si en poder del enemigo cayó algún otro individuo únicamente sería en los hospitales de Valladolid, Segovia y Silos o algún desertor que cogerían después de separarse de las filas. Todas las fuerzas creadas por esta expedición vinieron a estas Provincias excepto tres batallones de los nuevos que pasaron a Aragón y contribuyeron a la toma de Morella.

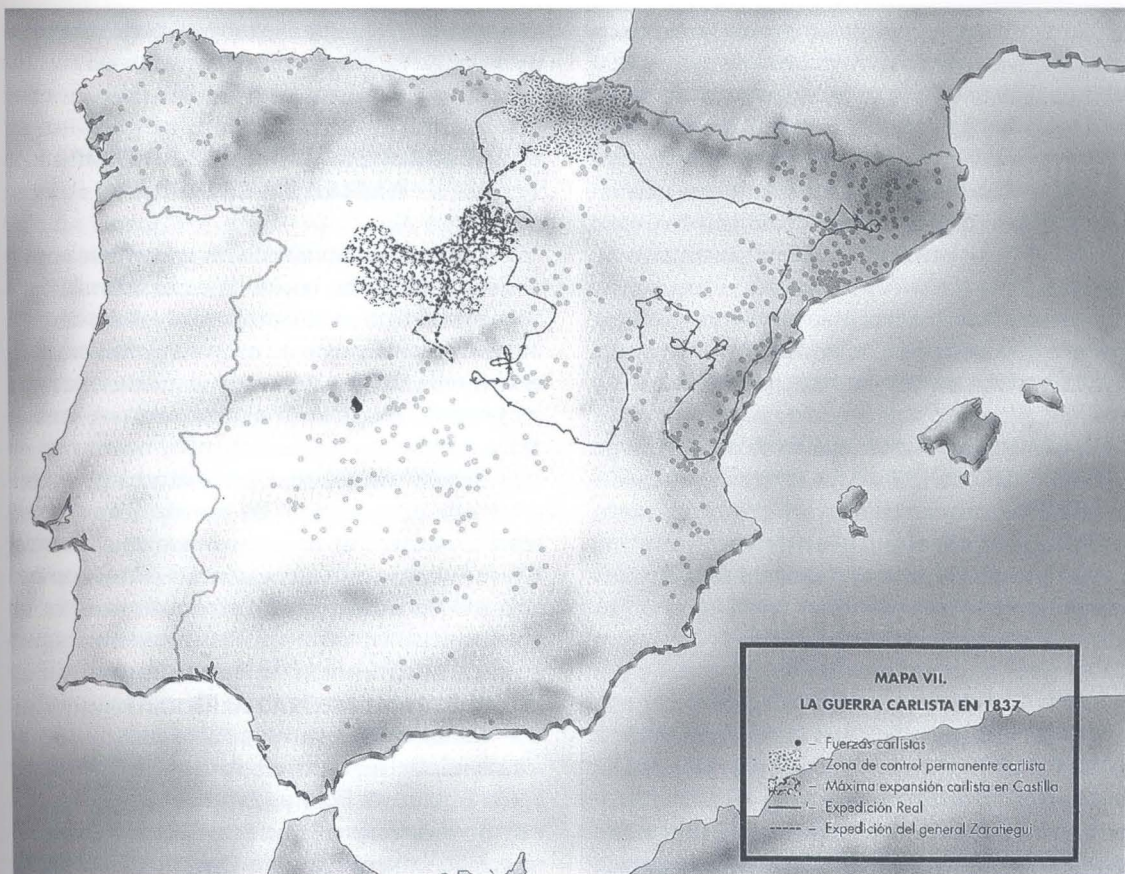
En Diciembre de 1837 salió una expedición al mando de D. Basilio García compuesta de 4 batallones y 200 caballos, la cual anda operando en la Mancha pero sin prosperar a esta fecha cosa de importancia.

En 15 de marzo de 1838 marchó la expedición al mando del Conde de Negri compuesta de nueve batallones y unos 500 caballos, la cual llegó hasta Segovia, pero marchando sin plan ni objeto como las más, dio desgraciadamente en las manos de Espartero, que la desbarató en un solo día.

Se pregunta; ¿Quién obró más justa, militar y prudentemente; los que abandonaron a Segovia o los que no conservaron a Lerín y después quisieron guarnecer a Peralta?

Ampliación para la mejor solución del problema.

Lerín, después de la plaza de Pamplona, es el



Trayectorias de la expedición Real y de la expedición de Zaratégui, según A. Bullón de Mendoza (*La Primera Guerra Carlista, 1992*).

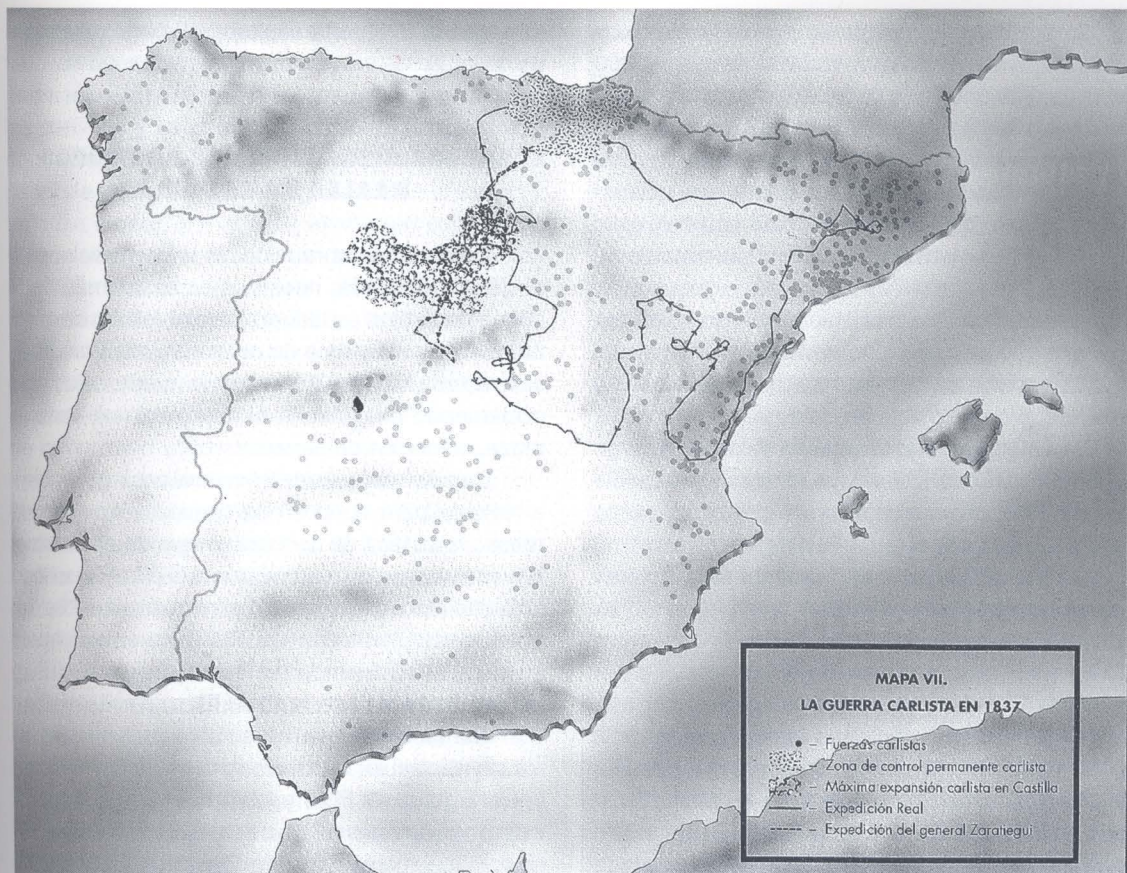
punto más fuerte e interesante que los enemigos tienen en Navarra. Situado en un gran llano sobre una roca y bañado por el Arga está en el centro de la línea de comunicación que conserva la usurpación desde el Ebro y por consiguiente, de Castilla con la otra plaza de Pamplona. Está mirando a lo mejor de nuestro territorio como una centinela y sólo dista dos horas de los puentes que constantemente ocupan nuestras tropas.

Lerín, que es un pueblo de unos 500 vecinos, rico en producciones; con buenas fortificaciones, artillería, municiones, víveres de boca y guerra y en fin sin que careciese de nada de lo necesario para su defensa y sin que necesitase más que tres o cuatrocientos hombres para guarnecerlos, fue abandonado después de ocupado por nuestras tropas. El

enemigo conociendo su importancia lo volvió a ocupar y fortificar como antes y ya no fue posible el volverlo a reconquistar.

Peralta, buen pueblo, conocido sobre todo por sus excelentes vinos, pero situado a espaldas de Lerín y en medio de las guarniciones enemigas de Tafalla, Larraga y Caparros, cubierto además por los ríos Ebro, Arga y Aragón, de cuyos puntos era dueño el enemigo, fue ocupado por nuestras tropas, pero la guarnición que se dejó en su fuerte quedó muy pronto en poder del enemigo.

Segovia fue ocupada por una expedición sobre su marcha; era ciudad situada a 14 leguas de Madrid y más de 60 de los puntos más inmediatos donde estaban nuestras tropas; sin víveres ni municiones; que necesitaría para su defensa dos mil



Trayectorias de la expedición Real y de la expedición de Zaratuegui, según A. Bullón de Mendoza (La Primera Guerra Carlista, 1992).

punto más fuerte e interesante que los enemigos tienen en Navarra. Situado en un gran llano sobre una roca y bañado por el Arga está en el centro de la línea de comunicación que conserva la usurpación desde el Ebro y por consiguiente, de Castilla con la otra plaza de Pamplona. Está mirando a lo mejor de nuestro territorio como una centinela y sólo dista dos horas de los puentes que constantemente ocupan nuestras tropas.

Lerín, que es un pueblo de unos 500 vecinos, rico en producciones; con buenas fortificaciones, artillería, municiones, víveres de boca y guerra y en fin sin que careciese de nada de lo necesario para su defensa y sin que necesitase más que tres o cuatrocientos hombres para guarnecerlos, fue abandonado después de ocupado por nuestras tropas. El

enemigo conociendo su importancia lo volvió a ocupar y fortificar como antes y ya no fue posible el volverlo a reconquistar.

Peralta, buen pueblo, conocido sobre todo por sus excelentes vinos, pero situado a espaldas de Lerín y en medio de las guarniciones enemigas de Tafalla, Larraga y Caparrosos, cubierto además por los ríos Ebro, Arga y Aragón, de cuyos puntos era dueño el enemigo, fue ocupado por nuestras tropas, pero la guarnición que se dejó en su fuerte quedó muy pronto en poder del enemigo.

Segovia fue ocupada por una expedición sobre su marcha; era ciudad situada a 14 leguas de Madrid y más de 60 de los puntos más inmediatos donde estaban nuestras tropas; sin víveres ni municiones; que necesitaría para su defensa dos mil

hombres; abierta por algunas partes la ciudad y amagada la expedición por 15.000 infantes y 1.000 caballos, que tenía a la vista, sin esperanza de socorro y sin tiempo para poder hacer algunos trabajos indispensables y reunir algunos víveres; ¿hubiera sido cordura sostenerla dejando una guarnición que iba a quedar aislada como una barca sin timón ni velas en medio del océano a la vista de un Corsario, &?

Se ofrece un buen premio al que pruebe teóricamente que Lerín debió abandonarse y Segovia y Peralta sostenerse y si no hay quien se atreva a este reto, propongo este argumento.

¿Cómo al general Uranga no se hace un cargo de tanta trascendencia y cuya falta es incalculable por no haber conservado a Lerín? ¿Y por qué razón pasó después guarnición a Peralta?

¿Y por qué al general Zaratiegui se le dice por qué no conservó a Segovia?

De tantas expediciones como han salido y vuelto a estas provincias no se sabe que los de Hacienda hayan presentado cuenta de las recaudaciones y distribución sino los de la mandada por el General Zaratiegui, tampoco se sabe que hayan tenido los jefes de las otras menos mezcla en intereses que éste.

Después de la creación de la Junta de Castilla en Segovia por el general Zaratiegui, acudió el R.P. Huerta al general Uranga pidiendo por sí solo el tratamiento de Excelencia para dicha Corporación. S.E. dicen que lo concedió. Siempre tuvo su Rma. correspondencia particular con el Sr. Arias Tejeiro. El Sr. Canónigo Batanero sabe esto que fue quien me lo dijo en tiempos de marras.

Cuando marchó la expedición Zaratiegui, una de las pocas instrucciones que le dio (verbalmente) el Sr. Uranga fue que, si iba el Presidente Sanz, le facultaba para destituirlo.

El sabría porqué, pues yo ignoro las causas,

sino que el P. Huerta aspiraba al mando supremo de la Junta.

ÚLTIMA SITUACIÓN DE LAS TROPAS REALES EN CASTILLA

Después de la reunión de las expediciones y acción de Retuerta, nuestro ejército además de la inmensa pérdida en la fuerza moral (efecto de la retirada de Alcalá y roce de unos con los otros), la física estaba tan concluida como puede calcularse no teniendo municiones ni aun para una escaramuza, ni medios de hacerlas.

Diose al marqués de Bóveda el encargo de venir a Navarra para conducir un convoy; ¡atrevida empresa!, más fácil de concebirse que de ejecutarse. Bóveda se puso en marcha pero a la primera jornada hizo alto por no atreverse a continuar; ya se ve; un hombre sólo, ¿como era posible atravesase el país que le faltaba? Incorporándose al cuerpo de S.A. y así únicamente pudo llegar al Ebro y repararlo.

Contar con que Bóveda había de venir a Navarra sin obstáculo; reunir un convoy de municiones; volver a pasar el Ebro y la tierra enemiga, llegar a nuestros cantones y proveer al ejército de municiones y que mientras tanto Espartero, Lorenzo y demás con mucho más de duplicadas fuerzas había de estar a la vista, no de una línea de fortificaciones sino de unos enemigos faltos de todo y desertándose en pelotones, es la más quimérica y grosera idea.

La permanencia en Castilla y especialmente en la tierra de Burgos de las tropas del Rey en el número que estaban era imposible. Aquella apatía en que se vivía sin pensar en hacer nada daba lugar a que se transcurriesen días y días y eran como el preludio de una pronta y general disolución. Movimiento a un lado u otro decíamos los que veíamos los males y sin embargo la inmovilidad continuaba. Las pocas provisiones comestibles se apuraron pronto y el país de donde debíamos sacarlas, como estaba ocupado por las tropas enemigas, nada podía contribuir; ni aun los molinos de que disponíamos eran bastantes a las necesidades de moler. Un enjambre de factores vagaban de una parte a otra y los de las tropas expedicionarias que vinieron con S.M., como más autorizados arrebatában todo a los de la otra expedición que justamente se quejaba de

esto, porque no bastando lo que había para todos, muchos quedaban sin raciones. De estos desórdenes nacieron prolijos males; los soldados salían a los caminos y se apoderaban de las raciones que conducían a los depósitos a viva fuerza. Así, a pesar de los esfuerzos de algunos, todo era vano y toda iba a peor, por aquella apatía tan continuada de que se resentía el carácter del general Moreno.

Si entonces se hubiesen abierto los Cuerpos extendiéndose por varias partes, les hubiese sido dado subsistir, ya que tanto interesaba a la voluntad soberana el permanecer en Castilla. Los ejércitos deben estar reunidos cuando están en disposición de operar con utilidad, pero sin municiones y sin medios de subsistencia es preciso abrirse para proporcionarse éstas, conservar las fuerzas y evitar el facilitar al enemigo ocasiones en que pueda aprovecharse de la desventaja.

Ésta era la principal base de la táctica de Zumalacárregui y así hacía vanos los esfuerzos de sus contrarios provistos de todo, mientras él no tenía nada y hubo caso en que fue preciso esperar a que de libra en libra se introduciese la pólvora de Francia necesaria para municionar a sus batallones.

La expedición del general Zaratiegui pudo continuar sus operaciones, llevando siempre por norma de ellas el emprender cosas en que lejos de consumir sus municiones y quedar enteramente indefenso se consiguiesen medios de reemplazar las que se gastaban y sólo de este modo pudo continuar puesto con 5.000 hombres que se aumentaban por cientos con sólo 24 cargas de cartuchos y sin esperanza de poder buscar otras si la suerte de la primera acción no se las facilitaba.

Si como pretende el Rmo. P. Huerta se hubiese *tentado* contra Méndez Vigo cuando éste estaba con sus tropas en Lerma, el resultado hubiese sido el consumirlas, llenarnos de heridos y entrar en una progresión de decadencia. Entonces no hubiese habido toma de Segovia ni recursos para pagar las tropas e ir hasta las puertas de Madrid. Ni tampoco hubiese acudido Espartero y de consiguiente salvándose la Expedición Real.

Pero volviendo a la situación de las tropas después de la acción de Retuerta, ¿por qué no se mandó la expedición a Andalucía que algunos solicitaron? ¿por qué no se dio permiso al general Zaratiegui para marchar con sus tropas a Soria? ¿Por

qué tal inacción en momentos tan críticos y que exigían una pronta maniobra? ¿Qué se pretendía hacer en un país miserable y pobre y sobrecargado de tanta gente? ¿Con qué medios se contaba para sostener aquel Hospital de Silos donde desde 400 heridos y enfermos que había antes de la llegada de la expedición Real crecieron hasta 1.300 por de pronto de que resultó un hacinamiento de hombres cuyo aspecto contuvo al soldado y se prometió un porvenir poco lisonjero en aquel país? Todos estos inconvenientes se hicieron presentes, pero de nada o poco sirvieron porque allí nadie cuidaba de remediar los males.

El locuaz P. Huerta, seguido de más de 600 o 700 pretendientes, ministriles, comisionados &&, corría de pueblo en pueblo, sin proveer a nada y únicamente iba al Real a fraguar los resultados que después se han visto: Entonces tuvo buena ocasión de poner en juego todos los resortes de su ingenio proveyendo a tantas necesidades y haciendo frente a las inmensas atenciones, pero su Rma. desde que vio la transformación de la fuerza moral en nuestra tropa y oyó que por un lado amagaba Lorenzo y por otro Espartero y por otro Carandolet, perdió el tino y en ninguna parte se le podía hallar, así es que varias veces que se necesitó de él no apareció. Estaba ya con los nuevos cortesanos, y apostatando de la División Zaratiegui como si aquella no sirviera al mismo Rey y Señor y derramase la sangre por la misma causa, cerró todas las puertas a sus peticiones y depósitos, caudales y cuanto tenía a su disposición la Junta lo dio a los expedicionarios, es decir, al Ministro de Hacienda y a sus dependientes dejando a la ventura como réprobos a los que con su vida habían contribuido al logro de los auxilios que su Rma. distribuía no como efectos comunes en semejantes casos a ambas tropas, sino como si hubiesen sido propiedad suya.

De aquí resultó que adonde quiera que iban en busca de granos, raciones y calzado los empleados de la División Zaratiegui se encontraban que ya los de la Expedición Real o los del Rmo P. Huerta habían dispuesto de ellos y de aquí nació también pronto la falta de suministros en aquella llegando hasta el caso de no tener ni un molino donde moler los granos porque todos estaban empleados para la expedición Real a pesar de que como queda dicho sólo constaba de una tercera parte de fuerza que la otra.

Las causas que van expresadas fueron los principales motores de la decadencia y no otras; entonces el desarreglo en la administración y la dislocación en el mando todo exigían una grande energía, prontitud en las maniobras, coordinación y extensión tal en las disposiciones. De este modo se hubiera salido del paso pero en semejante estado todo caminaba a una completa disolución y el porvenir era poco lisonjero hallándonos en las puertas del invierno.

Mientras en el Real nada se resolvía, el general Zaratiegui permanecía los días enteros y aun las noches como un centinela en campo raso al frente de los enemigos observando sus movimientos; testigos los montes de Nebreda y las alturas sobre Cazaro. Desde allí daba frecuentes partes al Real y al Jefe del E.M.G. de las novedades que ocurrían así como podría haberlo hecho un comandante de avanzada, por cuya extrema puntualidad mereció que el Ministro de la Guerra le manifestase de orden de S.M. lo satisfecho que se hallaba de este singular servicio.

Ocupado en este solo pero interesante cuidado ya no pensaba el general Zaratiegui en los demás ni se mezclaba en los que le pertenecieron antes de la incorporación con S.M., porque a su Gobierno correspondía ya el hacerlo; pero por desgracia nada se resolvía. Habían pasado pocos días antes grandes trabajos y mayores peligros los de la expedición Real y su ánimo sobrecogido antes con efecto, lograba en este intervalo un dulce descanso. Que aunque sería corto en la mente de los hombres de responsabilidad y que conociesen el estado y pensasen en el porvenir era humanamente grato para los que no se extendían a tanto. Esta especie de gente no interrumpía su sueño ni porque el soldado estuviese hambriento, ni porque no hubiese municiones, ni porque faltase el calzado. El único temor era el de la proximidad del enemigo pero, en estando cubiertos los puntos (como ellos dicen) siempre confiaban cuando menos en tener tiempo para montar a caballo y echar a andar.

No se sabe hasta que punto pudo llegar el cuidado del Gobierno y del jefe del E.M.G. cuando principió la desertión en las tropas pues, mientras el general Zaratiegui estaba poco menos que en el mayor conflicto por causa de los síntomas del descontento general que se notaba, sin descansar

noche y día por extirparlo, observó que cuasi no se hacía aprecio por las autoridades superiores, mas examinando la causa de tan notable indiferencia se averiguó que antes de aquella ocasión habían sufrido golpes de igual naturaleza pero de mayor fuerza en las otras Provincias que habían recorrido, como sucedió estando con Cabrera, cuyos batallones se disiparon en una ocasión como el humo tan sólo porque corrió la voz de que los traían a estas Provincias. ¿Y qué impresión podría hacerles reflexionando bien la desertión de poco más de cien hombres a los que acababan de ver reducida a la quinta parte la fuerza que conducían aquel día marcado entre los infaustos en que marchaban para Alcalá y retrocedieron?

Constante siempre el general Zaratiegui a la vista de los enemigos, como queda dicho, no se resolvió a desamparar tan interesante puesto ni aun por un momento y desde que se presentó a S.M. el día que se unieron las expediciones, en Aranda, no lo había vuelto a hacer cuando se encontró con una real orden a fin de que lo hiciese en Santibáñez lo que verificó a las once de la noche.

Entonces expuso a S.M. el verdadero estado de las cosas, los síntomas de desertión, la falta de recursos y los demás males que amenazaban, y exigiéndole su parecer, propuso con toda sumisión, como único medio que veía de salvación el que S.M. se retirase con las tropas de la expedición Real a las Provincias donde descansarían, repondrían y organizarían para volver a Castilla en la próxima Primavera o antes según las circunstancias favorables que se presentasen, quedándose mientras tanto el general Zaratiegui con su división operando en aquel país. Esta proposición por desgracia no tuvo buena acogida en el Real ánimo y entonces, llamando S.M. al canónigo Batanero que se hallaba de la puerta afuera, le hizo relación con su natural bondad de cuál era mi dictamen. Batanero con la franqueza que le caracteriza, lo apoyó, sólo porque lo sentía así y nada más; pero esto no fue bastante para que S.M. se inclinase a nuestro parecer, tal vez porque otras personas de mayor talento y ciencia estaban por la contraria o porque S.M. tenía razones que no estaban a nuestro alcance respecto al interés que había en que su Real presencia no faltase de Castilla no obstante el eminente riesgo que corría.

La poca concordia que reinaba entre S.A.R. y el general Moreno y cuyo origen fechaba desde que principiaron los desaciertos de éste en la dirección de la expedición Real unida a otras causas que no es de mi intento inquirir, dieron lugar a que se formasen dos cuerpos de ejército, quedando el general Moreno con S.M. que mandaba el primero y dando el segundo a S.A.R. de quien se nombró jefe del E.M. al general Zaratiegui. Esto no era en realidad más que depender todos del general Moreno y de su plan, pero S.E. no dio a entender tuviese alguno ni menos la actividad y energía que eran indispensables para variar nuestra crítica posición. Siguió el sistema de inacción y de no hacer nada y los males se aumentaron con el transcurso de los días; y mientras las columnas enemigas maniobraban para penetrar en las agrestes montañas que ocupaban nuestras tropas, éstas iban cediendo el terreno al excesivo número de aquéllas. El general Moreno tenía en tal disposición colocadas las tropas del primer cuerpo que a no ser por la ocupación de Arauzo y de Peñalba por la de S.A.R., hubieran sido cogidas parte de las primeras como con una red; pero sin embargo de estar cubiertos sus acantonamientos fue desbaratada su caballería en Huerta del Rey y la misma suerte le cabría a la infantería, situada en D.º Santos, a no ser por la oportunidad de S.A.R. en situarse de modo que los cubrió a todos y esto cuando se le juzgaba a tres leguas de distancia sobre el flanco.

El general Moreno con el Cuartel Real estaba entonces en Hontoria de donde era difícil cuidar de las operaciones al paso que Espartero lanzaba a nuestras tropas que ocuparon a Huerta y Arauzo. Desde este día quedaron abiertos los dos Cuerpos de ejército y cuando se trató aunque sin utilidad de que se uniesen, ya estaba el enemigo interpuesto. Pero ¿a qué detallar las operaciones de aquella malhadada situación si ya para entonces faltaban todos los elementos de poder oponerse al enemigo? No había municiones, ni qué comer, el abati-miento era grande, la desertión no podía corregirse, el país nada prometía y los auxilios estaban muy distantes, todo esto sin hacer cuenta con un enemigo que contaba 34 batallones y más de 2.000 caballos y que no cesaba de maniobrar mientras entre nosotros no se conocía cuál era la vanguardia, cuál el flanco ni cuál la retaguardia porque nadie podía penetrarse de si nos retirábamos, avanzábamos, o estábamos en posición. El Cuerpo de S.A.R. permaneció, sin embargo de semejante laberinto, muy reunido, ofreciendo una fuerza compacta desde que se separó del otro y tuvo la gloria cuando se replegó sobre el Ebro de no dejar un solo soldado de los que le pertenecían en aquel país, constando su fuerza de unos 6.000 hombres, lo que ciertamente no hizo el primer Cuerpo que se dejó tres batallones olvidados y algunas compañías.

[...]

ESTADO QUE DEMUESTRA LA DIFERENCIA DE LAS FUERZAS CARLISTAS A LAS ENEMIGAS MANDADAS POR CARONDOLET CUANDO ESTE REBELDE FUE AL SOCORRO DEL FUERTE DE VALLADOLID

| Fuerza Carlista | Por Cuerpos | | | Total | | |
|---|-------------|------|---------|-------|------|------|
| | Inf. | Cab. | Art. | Inf. | Cab. | Art. |
| La brigada navarra compuesta de 3 batallones a saber; el 1.º con 752 hombres, el 7.º con 602 y el de Valencia con 546, que hacen | 1.900 | | | | | |
| 7.º de Guipúzcoa y 6.º de Vizcaya que siendo los más bajos de fuerza y no teniendo altas por causa de su idioma sólo tenían | 1.251 | | | 5.113 | 322 | 3 |
| La brigada castellana compuesta del 5.º y 7.º de Castilla y voluntarios de Aragón tenía | 1.962 | | | | | |
| Caballería: 2 escuadrones navarros y el del cuadro activo y llamado de oficiales | | 322 | | | | |
| Artillería: dos cañones de a 4 y un obús pero sin más que siete tiros éste y los otros a cinco | | | 3 pzas. | | | |
| Como los 5.113 infantes son de fuerza efectivas, se rebaja una 7.ª parte por razón de asistentes y demás que no consumen o no hacen fuego | 771 | | | -771 | | |
| TOTAL | | | | 4.342 | 322 | 3 |

Fuerzas rebeldes

Las fuerzas de Carondelet según los avisos que se recibieron y noticias interceptadas, constaban de 10.000 infantes con la guarnición de Palencia y además tres escuadrones y 12 piezas de artillería, pero aun cuando no tuviese más que la que dice en el parte que da al Gobierno revolucionario después de su llegada a Valladolid con objeto de minorarlas aumentando las facciosas, en lo que ciertamente no sería verídico, consta que tenía 6.800 infantes

6.800

DIFERENCIA 2.458

Además del exceso de fuerza de 2.458 infantes se debe tener presente que para contener los del fuerte se necesitaban de 800 a 1.000 hombres cuyo número hay que rebajar también de la fuerza disponible para batir a Carandolet.

También tenía éste doce piezas de artillería de batalla perfectamente servidas, mientras que los

carlistas no podían hacer uso ni aun de las tres que tenían por falta de municiones.

En cuanto a caballería estaban iguales ambas partes, pero si el coronel Gago que se hallaba en la parte de Rioseco recogiendo caballos y armas hubiese podido concurrir, hubiesen excedido los carlistas en más de 100 caballos.